

»y cuando empiece á clarear la aurora,
 »delante de las naos tú reúne
 »soldados y caudillos y á la gente
 »anima á pelear, y tú el primero
 »combate entre los fuertes campeones.»
 Dijo, y los otros Reyes aplaudian,

el discurso admirando del fogoso
 Diomédes. Y á sus tiendas todos ellos,
 hecha la libacion, se encaminaron,
 y en el lecho de mano de los Dioses
 el alto don del sueño recibieron.

LIBRO DÉCIMO

ARGUMENTO

*Agamenon su ruina imaginando,
 despierta á los caudillos de su mando.
 Resuelven que en tal lance convenia
 fuese al troyano ejército una espia.
 Van Diomédes y Ulises con presteza,
 y aquel corta al rey Rheso la cabeza.*



Los otros capitanes de los Dánaos
 dentro de sus tiendas, al poder ren-
 didos
 del sueño delicioso, aquella noche
 descansaron, y sólo el infelice
 Agamenon del plácido reposo
 no disfrutó; que inquieto revolvía
 muchos tristes cuidados en su mente.
 Cual, si el esposo de la bella Juno
 enviar quiere la copiosa lluvia,
 ó el granizo, ó la nieve que los campos
 todos blanquea, ó en alguna parte
 abrir medita la espantable boca
 de cruda guerra, en repetidos fuegos
 el relámpago brilla; tan frecuentes
 Agamenon, inquieto y desvelado,
 suspiros arrancaba dolorosos
 del corazón, y sus entrañas todas
 trémulas en el cuerpo palpitaban.

Si los ojos volvía á la llanura,
 se acobardaba las hogueras viendo
 que numerosas en el campo ardian
 delante de los muros, y de flautas
 al escuchar y dulces caramillos
 la resonante voz y el ruido sordo

que hacian los Troyanos. Si á las naves
 miraba y á la hueste de los Griegos,
 los cabellos furioso se arrancaba,
 á Júpiter que mora en las alturas
 vuelta la vista, y en gemido triste
 el corazón valiente suspiraba.
 Y algun alivio á su dolor buscando,
 ir á la tienda resolvió de Néstor,
 para ver si un consejo saludable
 éste le daba que salvar pudiese
 á todos los Aquivos. En el lecho
 se incorporó y la túnica se puso,
 y ajustando á los piés ricas sandalias,
 se cubrió con la piel, en sangre tinta,
 de un tostado leon y corpulento
 que del cuello al tobillo le llegaba,
 y su lanza empuñó. No ménos triste
 estaba Menelao, y en sus ojos
 no se asentaba el sueño, porque mucho
 temia que los Griegos pudiesen
 despues que por vengarle atravesaran
 tan dilatado mar, y á los Troyanos
 movido habian tan terrible guerra.
 De un leopardo con la piel manchada
 cubrió los anchos hombros, y poniendo

en la cabeza el morrion de bronce,
tomó la pica en la robusta mano
y á despertar se encaminó al potente
Agamenon, porque de todos era
el primer adalid, y los Aquivos
cual si fuese deidad le veneraban.
Y cerca de la proa de su nave
le encontró, cuando ya su reluciente
armadura tomaba. Su venida
grata al hermano fué, y así el primero
dijo al menor en agitadas voces:

«¿Por qué tú, dulce hermano, y á estas horas
tomas las armas? ¿Persuadir intentas
á alguno de los fuertes campeones
á que de explorador al campo vaya
de los Troyanos? Mucho el alma teme
que nadie ha de admitir el peligroso
encargo de observar al enemigo,
solo y en el silencio de la noche;
y valeroso el corazon tendria
el que lo hiciese.» Agamenon le dijo:

«¡ Menelao! los dos buscar debemos
algun prudente arbitrio que á las naves
y á los Griegos liberte de la llama;
pues la mente de Jove se ha mudado,
y más gratos le son los sacrificios
de Héctor. Jamás yo ví, ni de la boca
de otro escuché, que nunca un hombre solo
tales prodigios de valor hiciera
en sola una batalla cuales Héctor
hizo en la de este dia, por la mano
de Jove protegido, aunque no sea
nacido ni de un Dios ni de una Diosa.
Grandes fueron sus bélicas hazañas,
y de ellas largo tiempo los Aquivos
se acordarán, y mucho: tal estrago
en ellos hizo. Pero tú á las naves
de Ajax de Telamon é Idomeneo
rápido vuela y á tu voz despierten;
que yo de Néstor á la tienda ahora
voy, y le rogaré que se levante
y que vayamos á la puerta juntos
donde está de escogidos campeones
el escuadron de guardia, y á la empresa
él los animará. De ningun otro
fueran más obedientes al mandato;
que su hijo Trasimédes y el amigo
del Rey Idomeneo, Meriónes,
jefes son de la guardia.» Menelao
replicó todavía: «Y cuando hubieren

despertado á mi voz y se levanten,
¿qué deberé yo hacer? ¿Iré con ellos
al escuadron de guardia, y allí mismo
he de permanecer hasta que vayas,
ó volveré á buscarte así que hubiere
tu voluntad á aquellos anunciado?»

Dijole Agamenon: «Allí me espera,
no acaso nos perdamos uno y otro
entre las muchas calles que dividen
el vasto campamento. Cuando llegues,
alza la voz y dí que se levanten
á cada uno llamando por el nombre
de su padre y familia, y cariñoso
á todos habla. La grandeza olvida:
hasta nosotros trabajar debemos;
que á nosotros tambien cuando nacimos
condenó Jove á padecer desgracias.»

Con estas voces despidió al hermano;
despues de repetirle cuidadoso
lo que antes le encargara, y á la tienda
se encaminó del venerable Néstor.
Y al acercarse vió que, descuidado,
dentro del pabellon junto á su nave
en blando lecho, al parecer, dormia,
teniendo al lado diferentes armas:
el escudo, dos picas, el luciente
yelmo y el cinto de labor preciosa
con que el anciano el cuerpo se ceñia
cuando para los hórridos combates
se armaba acaudillando sus legiones,
pues ni gozar de la exencion queria
que ya la triste senectud le daba.
Sintió Néstor el ruido, y apoyado
sobre el codo y alzando la cabeza,
le preguntó cuando le vió acercarse:

«¿Quién eres tú que en tenebrosa noche,
cuando descansan los mortales todos,
solo, así, por las tiendas y las naos
discurres? ¿Á llamar algun caudillo
acaso vas de los que están en vela,
ó buscas á un amigo? Habla, y mudo [res?]
no te acerques á mí. ¿Qué es lo que quie-
Respondió Agamenon: «¡ Prudente anciano,
honra de los Aquivos! Reconoce
al infeliz Agamenon de Atreo,
á quien Júpiter hizo desdichado
sobre todo mortal, mientras respire
aura vital mi pecho y mover pueda
en fácil giro la robusta planta.
Errante, cual me ves, recorro el campo;

ni el dulce sueño se asestó en mis ojos;
que mucho de la guerra y de los males
me curo de los Dánaos, y por ellos
grande tengo temor. Ni, cual solia,
hay valor en el ánimo: turbada
la mente está, y el corazon del pecho
salirse quiere y las rodillas tiemblan.
Pero si tú, que sin dormir ahora
tambien estás, en la cuidosa mente
algun proyecto agitas, vamos juntos
adonde están las centinelas puestas,
á ver si fatigadas del combate,
ó del sueño vencidas, se durmieron
y de la vigilancia se olvidaron;
que acampados están los enemigos
cerca de aquí, y nosotros no sabemos
si á favor de la noche acaso intentan
de nuevo acometer.» Dijo el anciano:
«¡ Glorioso Agamenon, de los Aquivos
poderoso adalid! no ya tú pienses
que todos sus proyectos y esperanzas
á Héctor ha de cumplir el padre Jove;
ántes espero que mayor su cuita
mucho será, si el valeroso Aquiles
de la funesta cólera apartare
su corazon. Yo seguiré tus pasos
y haremos levantar á otros caudillos;
á Diomédes, á Ulises, al famoso
Ajax de Oileo y al ardido Méges.
Y si alguno tambien aqui llamase
á Ajax de Telamon y á Idomeneo,
que sus naves las últimas de todas
y alejadas están... Aunque te enojos
tú conmigo tal vez, y aunque me sea
tan caro y respetable Menelao,
yo le reprenderé, sin ocultarle
nada de lo que pienso. ¿Así reposa
y á tí solo reserva este cuidado,
cuando él debiera á los caudillos todos
ir á llamar para que allí acudiesen?
El peligro en que estamos es terrible.»

Respondió Agamenon: «En otro tiempo,
ilustre anciano, te rogué yo mismo
que con áspera voz le reprendieras,
porque á veces se muestra desidioso
y entregarse rehusa á la fatiga.
Y no por flojedad, ó porque sea
él ignorante; por respeto mio,
y esperando á que yo la lid comience.
Mas esta noche abandonó su lecho

ántes que yo y á despertarme vino,
y á llamar le envié los capitanes
que tú deseas. Pero vamos pronto,
y ya tambien delante de la puerta
donde la guardia está, los hallaremos,
que allí le mandé yo que se juntaran.»

Y Néstor replicó: «Si es como dices,
nadie le culpará de los Aquivos,
ni será inobediente á su mandato.»

Esto dicho, la túnica se puso,
y á los piés ajustó ricas sandalias,
y al cuerpo se abrochó la vestidura
de púrpura, que doble y anchurosa,
y afelpada, del fresco de la noche
le defendiese, y empuñó su pica.
Y por las naves ambos caminaban
de los Aquivos, y el primero á Ulises
despertó Néstor con su voz. Apénas
en sus oidos resonó el acento,
salió del pabellon y les decia:

«¿Cómo así por las tiendas y las naves
solos vagais en la callada noche?
¿En qué grande peligro nos hallamos?»

Néstor le respondió: «¡ Sagaz Ulises!
no admires la venida: tan profundo
es el dolor que á todos los Aqueos
oprime el corazon. Sigue mis pasos,
para que despertemos á algun otro
con quien tratar podamos si conviene
en la fuga pensar ó en la batalla.»

Así Néstor habló; y entrando Ulises
en su tienda, el escudo de los hombros
colgó y con ellos caminó adelante;
y al pabellon venidos de Diomédes,
á la puerta durmiendo le encontraron,
vestida la armadura. Sus guerreros
en derredor yacian, la cabeza
en los escudos apoyando y fijo
el regaton en tierra de sus lanzas,
y la acerada punta relucia
á lo léjos, cual brilla esplendoroso
relámpago de Júpiter. El héroe
dormido estaba aún sobre la dura
piel de un novillo montaraz, teniendo
por cabecera espléndido tapete.
Y acercándose Néstor, con la punta
del pié le hirió, y á sacudir el sueño
obligándole, en ásperas razones
le decia: «¡ Despierta, Diomédes!
¿Cómo en tan larga noche todavía

»así gozas del sueño delicioso?
 »¿No adviertes cómo están en la llanura
 »los Teucros acampados, de las naves
 »á la vista? Pequeña es la distancia
 »que nos divide.» Al escuchar sus voces
 Diomédés, alzóse de su lecho
 y así le dijo sonriendo alegre:

«Eres infatigable, y siempre activo
 »de trabajar no cesas. ¿No hay acaso
 »entre los hijos de los Griegos otros
 »más jóvenes que tú, que por las tiendas
 »corriendo vayan á llamar los Reyes?
 »Anciano, es visto que de tí ninguno
 »recabar puede que el descanso busques.»

Y Néstor respondió: «Verdad dijiste.
 »Hijos tengo valientes y soldados
 »numerosos, y de ellos bien podría
 »cualquiera los bajeles recorriendo
 »convocar á los Reyes; mas ahora
 »es terrible el peligro en que los Dánaos
 »se ven, y á todos el instante llega
 »que de su triste muerte ó de su vida
 »el árbitro será. Vé, y el más mozo
 »de los Ajax y el hijo de Fileo
 »despierten á tu voz, pues eres joven
 »y de mi ancianidad te compadeces.»

Entretanto ya el hijo de Tideo
 sus anchos hombros con la piel cubría
 de un tostado león y corpulento
 que del cuello al tobillo le llegaba,
 y su lanza tomando, encaminóse
 en busca de los héroes, y seguido
 de ambos, volvió donde esperaba Néstor.

Cuando todos llegaron al paraje
 en que estaban los guardias reunidos,
 no entregados al sueño y al reposo
 á los fuertes caudillos encontraron;
 que en vela estaban todos y con armas.
 Como dentro el redil los fieles perros,
 en inquietud custodian el ganado,
 si oyendo las pisadas de la fiera
 que, atravesando el bosque silenciosa,
 baja del monte, y mucha gritería
 comienza de pastores y de perros,
 y ya no hay más dormir; así á los jefes
 el sueño de los párpados huyera,
 y aunque tristes, velaban cuidadosos
 en tan funesta noche, y siempre estaban
 de cara á la llanura, por si oían
 las pisadas y el ruido de los Teucros

que al muro se acercasen. El anciano,
 al verlos, se alegró, y estas razones
 para más alentarlos les decía:

«¡Hijos míos! así, velad cuidadosos,
 »no acaso nos sorprenda el enemigo
 »y en su triunfo se goce.» Al decir esto,
 ya el foso atravesaba, y le seguían
 los Príncipes aquivos que llamados
 para el consejo fueran. Meriónes
 siguió despues y el hijo valeroso
 de Néstor; que ellos mismos les rogaron
 que también su dictámen propusiesen.
 Pasado el ancho foso y la estacada,
 en el mismo paraje se asentaron,
 ni de purpúrea sangre enrojecido
 ni con tristes cadáveres impuro,
 desde el cual Héctor con su gente toda,
 hecho tanto destrozo en los Aqueos,
 retrocediera cuando ya la noche
 le cubrió en derredor. Y allí sentados,
 en inciertos coloquios alternaban,
 hasta que Néstor les habló y les dijo:

«¡Amigos! ¿no habrá alguno que fiado
 »en su fuerza y valor, audaz penetre
 »en el campo enemigo, por si logra
 »vivo coger alguno de los Teucros
 »que encuentre de los otros separado,
 »ó ya escuchar lo que entre sí consultan
 »y tuvieren resuelto, si acamparse
 »léjos de Troya y cerca de las naos,
 »ó á la ciudad volver, ya que vencieron
 »á los Aquivos? Si á entenderlo llega
 »é ileso vuelve á nuestra vista, mucha
 »siempre su gloria entre los hombres todos
 »será que habitan bajo el ancho cielo,
 »y alta será también la recompensa.
 »Cuantos son los caudillos de las naves,
 »hermosa oveja le darán, fecunda
 »y negra, que criando un corderillo
 »aún esté, y un rebaño semejante
 »ninguno habrá tenido, y de los Reyes
 »á los convites siempre y los festines
 »asistirá.» El anciano así decía,
 y todos á su voz enmudecieron;
 pero al fin animoso Diomédés
 rompió el silencio, y al anciano dijo:

«¡Néstor! mi corazón y mi ardimiento
 »á penetrar me animan en el campo
 »del enemigo que tenemos cerca;
 »pero si otro caudillo me siguiese,

»mayor seguridad y confianza
 »tener pudiera. Cuando dos se juntan,
 »lo que el uno no ve previene el otro,
 »y se hace lo mejor; cuando la empresa
 »acomete uno solo, aunque conozca
 »lo que conviene hacer, no se resuelve
 »tan pronto y mucho su razón vacila.»

Al escuchar su voz, á acompañarle
 ya muchos se ofrecían. Los primeros
 los dos Ayaces, de Mavorte alumnos;
 segundo, Meriones, y entre todos
 el que más este honor ambicionaba
 era el hijo de Néstor. Ofrecióse
 Menelao también, y el fuerte Ulises
 prometía animoso en los reales
 entrar de los Troyanos; porque siempre
 dentro su pecho el corazón ardido
 peligrosas empresas deseaba.
 Y largo tiempo hubieran altercado
 sobre quién preferido ser debía,
 si Agamenon, para evitar querellas,
 no hubiese dicho al hijo de Tideo:

«¡Caro á mi corazón! tú mismo elige
 »por compañero al que te fuere grato,
 »y, pues seguirte solicitan muchos,
 »al que entre todos los presentes sea
 »el más aventajado. Y por respeto
 »no al más valiente dejes; ni al linaje
 »mirando y al poder, tú por vergüenza
 »mal compañero elijas, aunque fuese
 »un Rey más poderoso el desechado.»

Así decía, y recelaba mucho
 que en Menelao la elección cayera;
 pero Diomédés respondió y le dijo:

«Si quieres que yo elija compañero,
 »¿cómo puedo olvidar al sabio Ulises,
 »cuyo valiente corazón fogoso
 »á toda empresa peligrosa siempre
 »está dispuesto, y á quien ama tanto
 »Minerva? Si esta noche me acompaña,
 »de en medio de la llama abrasadora
 »saldremos sin lesión y volveremos;
 »que á todo superior es su prudencia.»

Ulises respondió: «No en demasía
 »ensalzarme pretendas, ni tampoco
 »me vituperes, hijo de Tideo:
 »hablas ante los Príncipes aquivos,
 »que me conocen. Caminemos pronto,
 »porque ya está la noche adelantada
 »y se acerca la aurora. Ya los astros

»han caminado mucho, y de la noche
 »lo más está pasado; que dos partes
 »son ya corridas, la tercera falta.»

Esto dicho, los dos se vistieron
 de formidables armas. Á Diomédés,
 que al venir se dejó dentro la tienda
 su espada, Trasimédés generoso
 otra dió de dos filos y un escudo,
 y un morrión le puso en la cabeza
 hecho de piel de toro, sin penacho
 ni cimera.—Los rústicos los llaman
 cascos de monte, y en la caza suelen
 de ellos usar los jóvenes.—Á Ulises,
 arco, flechero, espada, Meriónes
 dió también, y le puso en la cabeza
 un yelmo con las pieles fabricado
 de un jabalí. Por dentro revestido
 todo estaba con sólidas correas,
 y por defuera aún los blancos dientes
 del animal tenía al duro casco
 bien ajustados, y un mechón de cerda
 en la más alta parte se veía.—

Este morrión hurtara en tiempo antiguo,
 la pared horadando poderosa
 de la casa, á Amintor, hijo de Ormeno,
 en Eleone, Autólico; y á Scandia
 llegado, á Anfídamante de Citera
 se le cedió, y Anfídamante á Molo
 en Creta se le dió para que fuese
 prenda del hospedaje, y luego Molo
 á su hijo Meriónes, en la guerra
 para que de él usase; pero Ulises
 con él entonces se cubrió.—Vestidas
 ya las terribles armas, se alejaron
 de los otros caudillos, y Minerva
 les envió por la derecha mano
 una garza, que cerca del camino
 pasó volando y verla con sus ojos
 en noche tan oscura no podían,
 mas el graznido oyeron, y al oírle,
 regocijado el hijo de Laertes,
 en silenciosa voz dijo á la Diosa:

«¡Hija de Jove! mi plegaria escucha.
 »Tú, que siempre me asistes y me amparas
 »en todos los peligros y que sabes
 »mis pasos todos, me protege ahora
 »más que nunca, oh Minerva, y á las naos
 »da que volvamos con honor y gloria,
 »hecha una grande hazaña que á los Teucros
 »angustie el corazón.» Luego Diomédés